
Destéfanis, L. (diciembre, 2022). "Del maravilloso al terror. El cuento de hadas en *Las Islas*, de Carlos Gamerro". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 15 (8), pp. 40-56.

Título: Del maravilloso al terror. El cuento de hadas en *Las Islas*, de Carlos Gamerro

Resumen: La relación liminar entre la zona de la literatura leída a las infancias, y luego también producida (escrita, editada, distribuida) pensando en ese público lector, suele ser abordada en clave adultocéntrica: la LIJ (literatura infantil y juvenil) fue un desprendimiento de la literatura "a secas", que empezó a ganar entidad gracias a la ampliación del mercado infantil de lectores producto de la expansión de la matrícula escolar desde fines del siglo XIX hasta el presente. No obstante, no son pocas las manifestaciones donde se produce el pasaje inverso: la LIJ presta elementos a una literatura para consumo adulto. Uno de esos casos es el de *Las Islas* (1998), de Carlos Gamerro.

En el final de esa novela situada en los años noventa, que es una *summa* de aspectos relacionados con la guerra de Malvinas, emerge la narrativa del cuento de hadas en un relato que fusiona y reescribe el repertorio del género maravilloso que constituyen los cuentos tradicionales de origen oral recogidos por Charles Perrault, los hermanos Grimm y Hans Christian Andersen. Este trabajo se propone analizar las diversas estrategias con que Gamerro reescribe esa narrativa, en la que el elemento terrorífico es retomado para dar cuenta del presente neoliberal de posdictadura. Su propuesta invita a analizar la riqueza de la conjunción entre maravilloso y terror, cuya lectura es cifra alegórica de la novela.

Palabras clave: Malvinas, Gamerro, maravilloso, terror, guerra.

Title: *From fantasy to horror. The fairy tale in The Islands by Carlos Gamerro*

Abstract: *The contact zone between the literature usually read to children, later also produced (written, edited, distributed) in projection to that reading public, is usually approached in an adult-centric key: children's and young adult literature was a detachment from 'plain' literature, which began to gain importance thanks to the expansion of the children's market of readers as a result of the expansion of school enrollment from the end of the 19th century to the present. However, there are some manifestations where the opposite passage occurs: the children's and young adult literature lends elements to those literature for adults. One of those cases is The Islands (1998) by Carlos Gamerro.*

At the end of this novel set in the 1990s, which is also a summa of aspects related to the Falklands War, the story merges and rewrites the repertoire of fantasy genre of the fairy tales collected from popular narrators by Charles Perrault, Wilhelm & Jacob Grimm and Hans Christian Andersen. This work aims to analyze the various strategies that uses Gamerro to rewrite that narrative, in which the horror element is taken up to account for the post-dictatorship's neoliberal present. His proposal invites us to analyze the richness of the conjunction between fantasy and horror, whose reading is an allegorical key of the novel.

Keywords: Falklands, Gamerro, fantasy, horror, war.

Del maravilloso al terror. El cuento de hadas en *Las Islas*, de Carlos Gamerro¹

Laura Destéfanis ²

La relación liminar entre la zona de la literatura leída a las infancias, y luego también producida (escrita, editada, distribuida) pensando en ese público lector, suele ser abordada en clave adultocéntrica: la LIJ (literatura infantil y juvenil) fue un desprendimiento de la literatura “a secas”, que empezó a ganar entidad gracias a la ampliación del mercado infantil de lectores producto de la expansión de la matrícula escolar desde fines del siglo XIX hasta el presente. No obstante, no son pocas las manifestaciones donde se produce el pasaje inverso: la LIJ presta elementos a una literatura para consumo adulto. Uno de esos casos es el de *Las Islas* (1998), de Carlos Gamerro.

Gloria y Felipe son, cada uno, sobrevivientes de las dos masacres más recientes del Estado argentino: la detención-desaparición como sistema de exterminio ideológico, y el envío de conscriptos sin preparación ni pertrechos a la guerra en Malvinas. La acción principal está situada en la ciudad de Buenos Aires y en el año 1992, en que sus vidas nuevamente corren peligro. Hacia el final de la novela, muerto Tamerlán, las miradas de César y de Canal se vuelven sobre Felipe, que una vez más se ve involucrado en una situación indeseada: se transformó, ahora él, en un testigo al que hay que callar. Lo hacen desnudar y de su ropa cae el cheque con el pago por todo su trabajo –al que destruyen de inmediato- y el documento con

¹ Este trabajo fue desarrollado en el marco del proyecto de investigación UBACyT 20020190200289BA *Las poéticas obstinadas del hechizo: indicios de 'lo maravilloso' en la literatura infantil y juvenil (LIJ) de terror y humor publicada en el contexto argentino de cambio de siglo (1990-2015)*, dirigido por Mirta Gloria Fernández (2020-2022). Una versión parcial fue presentada en las *VII Jornadas de Creación y Crítica Literaria* organizadas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el Departamento de Literatura del Centro Cultural de la Cooperación y el Núcleo de Estudios Hispánicos da UESPI (Universidad de Piauá, Brasil) el 24 y 25 de septiembre de 2021.

² Investigadora posdoctoral en el Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina (INDEAL, UBA). Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Granada y licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Profesora de Literatura Argentina (Instituto Superior del Profesorado Dr. J.V. González, CABA) y Lectura y Escritura en las Disciplinas (Universidad Nacional de General Sarmiento). Correo electrónico: marialauradestefanis@gmail.com

la firma de Tamerlán. Impecable prueba para demostrar un suicidio, ese papel les hace cambiar la sentencia y en lugar de matarlo le inyectan “la droga del dolor” (Gamerro, 1998, p. 513).

Aunque muchas drogas ilegales son consumidas por diversos personajes a lo largo de la novela (cocaína, marihuana, ácidos, éxtasis), en este caso se trata ya no de una droga estimulante, anestésica o experimental sino de un refinadísimo método de tortura química, un aporte argentino a la táctica de interrogatorios. Felipe es inyectado y comienza a sentir un frío glacial “como no había sentido nunca antes, no, ni siquiera en las Islas” (Gamerro, 1998, p. 533) y su sensibilidad al dolor se vuelve casi molecular: cada ínfimo movimiento lo altera al punto del desmayo; el relato del dolor sólo es comparable a algunos testimonios recogidos en *Nunca Más* (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, 1984). Es el opuesto exacto del paradigma del consumo: en lugar de aliviar el dolor físico y/o psíquico, lo provoca. Bajo la promesa de contrarrestarlo con morfina, César y Canal le preguntan cómo reconoció a Cuervo, cómo llegó a interrumpir el plan que se habían trazado originalmente. Felipe intenta explicar que lo conocía de Malvinas (imposible contar la extensa verdad antes de morir de dolor) y cuando se aburren de jugar con él, sencillamente lo abandonan al sufrimiento.

Diez años había dormido bajo el abrigo incierto de la ciudad del dolor, y ahora despertaba desnudo bajo el brillo único de las estrellas. Era el fin de la comedia. En ese momento, una mano gigante bajó del cielo y levantándola de una punta, como quien se prepara para sacar una curita, arrancó de un tirón la piel de la ciudad, para revelar debajo el páramo desolado, los pastizales barridos por el viento, los ríos de piedra, las rocas y el barro y los turbales de Malvinas. (Gamerro, 1998, p. 541)

Su relato se transforma en recuerdo, en sueño, en una memoria que viene a reponer una historia para los ausentes, a reparar el olvido; a la vez, quizás regresar allí sea el modo de dolor más profundo, pero también una forma de duelar. Como en todo sueño, nunca sabremos cómo ni en qué medida lo recreado viene a poner reparos a lo vivido. Felipe regresa a la batalla de Monte Longdon siguiendo la secuencia histórica de acciones. El episodio, considerado el más cruento de la guerra por los combates cuerpo a cuerpo con bayoneta, fue uno de los últimos e implicaba el asedio a Puerto Argentino, la capital de las Islas donde se concentraban tanto la población lugareña como el núcleo de resistencia argentino. Ocurrió entre la noche

del 11 y la madrugada del 12 de junio de 1982; allí estuvo destinado Felipe junto con Morsa, Chanino, Rubén, Hijitus y Carlitos. El sueño retoma el momento posterior al estaqueo, cuando los ingleses avanzan a pie a la vez que bombardean la posición.

En el sueño, Felipe intenta reparar el dolor que le produce cada día la muerte de Carlos, a quien no pudo defender de los vejámenes de Verraco. Se muestra despierto, protegiendo con el calor de su cuerpo y con su vigilia las vidas de sus compañeros; siente que le prolonga la vida a su amigo contando los latidos de su corazón, como si con su amparo lo empujara a seguir. No obstante, la noche cerrada se interrumpe. El ejército inglés opera con un orden que amenaza con no dejar nadie vivo a su paso. El grupo de Felipe está a la vanguardia de la posición y, tal como ocurrió en la guerra, no responde al fuego enemigo por estar descansando, con sus soldados heridos y mal alimentados, con temperaturas bajo cero y heladas. Los soldados ingleses avanzan y atacan cada pozo como si se tratara de hormigueros. Felipe ve claro el exterminio y se entrega a la muerte en una contemplación poética del entorno, olvidándose del peligro y observando el panorama como si se tratara de un espectador fuera del rango de acción. Las luces de las balas trazadoras lo atraen, lo llevan en el recuerdo a una escena de noche en el campo. Toda esta reflexión y la seguridad de una muerte próxima le permiten no entrar en pánico.

La evasión se corta cuando comienzan a caer las bombas y todo el pozo se hunde en el terror. Pierden la noción del tiempo, enloquecen, el cuerpo se automatiza. El pánico no se detiene en los escasos instantes de silencio, al contrario: la dilación de la muerte es una tortura. Sin embargo, inesperadamente, Felipe y algunos compañeros sobreviven al bombardeo. Chanino y Rubén debaten: “-¿No matan a los prisioneros? -No, son ingleses” (Gamerro, 1998, p. 548); “Si vuelven yo me pego un tiro, ya te dije” (Gamerro, 1998, p. 549). Escuchan la voz de un soldado argentino que los convoca a salir. Rubén sale y un soldado inglés lo insta a bajar el arma; Rubén no le entiende. Felipe interviene para traducir pero Rubén no lo oye: “Estoy muerto, pensé de golpe. Nadie me oye porque estoy muerto” (Gamerro, 1998, p. 550). El soldado inglés ataca a Rubén con bayoneta, que muere de modo cruento. Felipe oye cómo los soldados ingleses se quejan del peso de los cuerpos muertos, que deben ir recogiendo por el camino. Fastidiados por sus botas se prueban las de los muertos. Una bala de obús lo acecha, el sueño ralentiza su capacidad de reacción,

y “para mi horror descubro que mis movimientos se han lentificado en proporción, el aire a mi alrededor adquiriendo consistencia de glicerina y el barro agarrado a mis botas como cemento fresco” (Gamerro, 1998, p. 555). Finalmente, alucina con que una yegua, a la que había alimentado en días previos, lo saca de allí.

El oficial argentino a cargo del pelotón, sin la menor posibilidad de realizar una lectura inteligente de la situación, sólo puede responder desde la ceguera triunfalista; sus soldados conscriptos ven con claridad que les propone un delirio suicida: “-(...) ¡Vamos a organizar el contraataque! (...) ¡Los ingleses están a punto de rendirse! -insiste-. ¡Han perdido la voluntad de combatir! -¡Callate, pelotudo! - le contesta finalmente una voz desde lo alto” (Gamerro, 1998, p. 556). Dos soldados ingleses se acercan, los hacen formar en fila y preguntan si alguno habla esa lengua. Felipe se ofrece. Ve entonces que un sargento británico está discutiendo con un oficial argentino de uniforme impecable: es Verraco, que no quiere entregar su arma. “El hijo de puta tenía terror de que desarmado lo mataríamos apenas los ingleses nos dieran la espalda. Tenía razón, yo hubiera sido el primero. -He says yes if you blow him” (Gamerro, 1998, p. 558), interviene Felipe para vengar a su amigo, reduciendo a Verraco a un castigo de fuerte valor simbólico. Las últimas palabras de Felipe al sargento inglés son casi un pensamiento enunciado en voz alta. Felipe sabe que toda esa circunstancia es inconcebible para un inglés: cómo un soldado querría matar al oficial a cargo. Es la misma línea histórica que ya Borges (1989, p. 36) había señalado en “Nuestro pobre individualismo”, de 1952, respecto del ciudadano argentino y su confianza en la policía, a propósito de Fierro y Cruz en *El gaucho Martín Fierro*, y de los géneros policiales: la relación de distancia hacia los representantes del Estado -y, como contraparte, de cercanía/ identificación/ empatía hacia aquellos señalados como criminales por el orden jurídico impuesto en 1853. Otra vuelta de tuerca dada en la posdictadura coloca a dichos representantes directamente en el lugar del criminal; es lo que ocurre en *Las Islas* con las Fuerzas Armadas. El temor de los oficiales a quedar desarmados frente a su tropa tiene, de hecho, un correlato histórico (Verbitsky, 2002, p. 241).

Comienza a amanecer, tarde en la mañana: “por primera vez temo la llegada de la luz, de lo que pueda mostrarme” (Gamerro, 1998, p. 559). El panorama es horroroso, Felipe distingue sólo a Chanino pero apenas puede dirigirle un gesto

antes de ser apartado nuevamente por un soldado inglés: todavía no lo sabe pero será el único sobreviviente de su grupo. Cargará con ese peso en solitario, será el último hablante de esa lengua que sólo puede narrar una experiencia incompleta y desde ese imaginario compartido; como sabemos desde Primo Levi (cf. Agamben, 2000), el único testimonio completo es un imposible porque la experiencia total sólo la conocen quienes ya no están para ponerle palabras. En *Las Islas*, “asistimos al desplazamiento desde una imposibilidad lógica a una posibilidad estética” (Agamben, 2000, p. 38): sólo la ficción puede reponer la voz sin nombre del testigo absoluto.³ La insoportable soledad del testigo genera un espacio de entendimiento único entre aquellos que compartieron la experiencia; es por eso que se consideran “familia”: más allá de toda diferencia, la experiencia del trauma identifica. Tanto Daniel Kon, como Carlos Gamerro y Patricia Ratto reconocen haberse entrevistado con ex combatientes para escribir sus libros (1982, 1998 y 2012, respectivamente); en los tres casos, recuerdan un entendimiento entre ellos que transmitía la imposibilidad de poner en palabras la experiencia para ese escucha externo que los entrevistaba.

Muchos caídos fueron, también, desaparecidos de la dictadura, sin restos ni tumba, vidas desnudas cuyo final desconocemos. En esta escena de la novela, los ingleses reparten palas y dan la orden de cavar. Sobrevivir desespera: “Todo el tiempo trato de pensar que estamos cavando nuestra propia tumba, de alguna manera eso me tranquiliza” (Gamerro, 1998, p. 560). En medio del grupo de cavadores reconoce a Martín, un compañero de la *colimba* (el servicio militar obligatorio) con quien no se había cruzado hasta ahora. “Está llorando, desde que empezamos a cavar, llora casi sin tristeza, como si cavar y llorar fueran naturalmente juntos (...). Creo que un par de veces me duermo con los ojos abiertos, sin dejar de cavar” (Gamerro, 1998, p. 561). Luego comienzan los entierros: Rubén, Morsa, Hijitus. “El último de la pila es Carlitos. Tuve que soltarlo, temblaba demasiado” (Gamerro, 1998, p. 562). En este caso, le pide al soldado inglés que los vigila separar su cuerpo del resto, marcar su tumba: Felipe intenta que no pierda también su identidad. “Ahí están todos; amigos, conocidos, vecinos, hasta enemigos,

³ Esta cuestión es abordada por Patricia Ratto en *Trasfondo* (2012).

en la porción de suelo malvinense que lograron conquistar” (Gamerro, 1998, p. 563). Busca algo para hacer una cruz pero en ese desierto helado no hay nada; el soldado inglés, posiblemente enseñado por toda una tradición guerrera, le indica que coloque un casco. El último testigo ya siente que “(...) erguido sobre esta devastación podría pasar por el único habitante de un mundo en el que todos los demás han muerto” (Gamerro, 1998, p. 563). Así sería. No obstante, esta consciencia sobre la escena comienza a desmoronarse con la caída de una esquirla, que lo hiere en la cabeza. El peligro no concluía nunca.

En este recuerdo soñado, Felipe vuelve sobre su herida, la que lo hizo regresar inconsciente al continente y lo dejó depositado por un año en un hospital psiquiátrico (situación usual, tal como puede comprobarse en Verbitsky, 2002, p. 253). Desde estos momentos hasta una semana después del rescate de sus amigos, Felipe viviría sin comprender qué había ocurrido con su vida. La caída en la inconsciencia es paulatina, incrédula.

El casco me ajusta más que antes, parece pegado al cráneo, y la correa está hincada sobre la nuez y al principio se me hace difícil respirar, pero enseguida me acostumbro. (...). La guerra terminó, la guerra terminó, me repito bajo el arrullo de las explosiones, y acunado en esa certeza me doy vuelta de costado y acurrucado por el frío con el pulgar haciéndome de cigarro en la boca me quedo dormido sobre la tumba. (Gamerro, 1998, pp. 564-565)

Casi enterrado en vida, abrigando con su cuerpo la tumba que le pudo armar a Carlitos, Felipe desea pasar por muerto y ser recogido por el enemigo. En soledad, rodeado de muertos, no queda nadie por cuya vida velar. En un sueño dentro del sueño, regresa volando, de noche, a la ciudad de Buenos Aires. El cansancio de días bajo las órdenes de Tamerlán son análogos en cierto modo a los de Malvinas. El sueño inducido por la droga del dolor le permite cierta reparación en torno a la culpa que le provoca haber sobrevivido a la guerra. El peso de la memoria se acentúa cuando no hay justicia para esas muertes, ni quien la demande salvo que él mismo, ni un entierro ritual, ni un sitio al que los deudos puedan concurrir a reencontrarse con sus muertos queridos. Siquiera un relato de los acontecimientos, un reconocimiento oficial a estos jóvenes; tardaría décadas en llegar, muy parcialmente. La lista de desaparecidos se alarga tras la guerra de Malvinas. El desconocimiento de los tramos finales de las vidas (mayoritariamente jóvenes) de

tantas víctimas, las causas concretas de esas muertes y el destino de sus restos físicos es una de los varios paralelismos y continuidades entre la represión y la guerra (entre la guerra “sucia” y la guerra “limpia”; cf. Rozitchner, 2006) que pasaron por años desapercibidas. Muchas de las “bajas” en Malvinas fueron también, como en el caso de las desapariciones, producto de crímenes de lesa humanidad cometidas por funcionarios del gobierno de facto, a pesar de que aún no hayan sido juzgados y reconocidos por el Estado; el Informe Rattenbach (Lorenz, 2009, p. 189) recién fue desclasificado en el año 2012, durante la segunda presidencia de Cristina Fernández de Kirchner. En 2022, a noventa y ocho años de la masacre de Pilagá (Chaco) por parte de fuerzas del Estado, el hecho fue sentenciado como crimen de lesa humanidad; no es difícil, por tanto, sospechar que en la correlación de fuerzas entre los reclamos de justicia por parte de organizaciones sociales (como es el caso del CECIM-La Plata, Centro de Ex Combatientes Islas Malvinas, que llevó adelante una larga lucha anti-desmalvinizadora) y la casta militar, la sociedad argentina no ha podido aún conseguir que se lleven adelante los juicios por Malvinas. De modo reparatorio, en los últimos años el Equipo Argentino de Antropología Forense, constituido con el propósito de identificar restos óseos en fosas comunes señaladas por sobrevivientes y testigos para restituir la identidad a los desaparecidos, se abocó al reconocimiento de las tumbas NN (*nomen nescio*) en el cementerio de Darwin de Malvinas, tras una importante gestión diplomática que permitiera al equipo la incursión en territorio. Restitución de identidades y búsqueda de la justicia son entonces, también, un denominador común entre la represión y la guerra, entre desapariciones y muertes (clandestinas o no) a manos del Estado durante la última dictadura.

Felipe despierta y se encuentra al pie de las torres de Puerto Madero, nuevamente en el presente de 1992, a diez años de la guerra. Allí está el linyera que lo recibió al comienzo de la novela; le aporta algunos datos respecto de su compañero, el hombre que fue arrojado al vacío por César. Había combatido en Malvinas y merodeaba por el puerto en busca de un barco que lo llevara de regreso. Para conocer su identidad bastaría con “casar la gruesa crisálida de cemento e interrogar los pobres huesos quebrados de adentro. Pero claro, ya no quedaba nadie a quien le interesara. Solamente yo viviría un tiempo con la duda, hasta olvidarme”

(Gamerro, 1998, p. 572). Una vez más, Felipe es el único testigo, el guardián de una memoria que no puede compartir con nadie ya: la de Fausto (h), el joven que rechazó –en un doble sentido, económico y moral– la herencia de su padre. Como al soldado Emilio Beltrán que memorizó el diario del Mayor X (cf. Destéfanis, 2015), le toca a él conservar la frágil memoria de los hechos pero no hay más lugar en la consciencia de Felipe para cargar con otro muerto, sólo desea regresar al hogar: “Ése había sido mi error inicial, del que se derivaron como consecuencia lógica todos los posteriores: salir. Nada de esto podía haberme pasado en la red” (Gamerro, 1998, p. 573). La tela de araña de la posdictadura es, también, vivir en virtualidad.

La caminata por el puerto, de noche, lo lleva a pensar en el regreso de Malvinas que no pudo presenciar consciente; se pregunta cómo habrá sido: “¿Así como yo ahora habrán caminado, la sensación de derrota tan final y definitiva (...)?” (Gamerro, 1998, p. 573). Ya no es quien había sido, está obligado a reconstruirse. Es un sobreviviente: en su poemario *Soldados*, Gustavo Caso Rosendi habla de este estado con un neologismo: “sobremurientes”. Al llegar a su casa se encuentra con que fue requisada en busca de información: “(...) lo habían hecho a su manera, la que mejor conocían, con esa característica mezcla de método y bestialidad, reviviendo los buenos tiempos que nunca pasaron del todo” (Gamerro, 1998, p. 574); como en la guerra, toda operación lleva el sello de la dictadura. Son los años noventa, se vive un presente sin justicia y con los represores en activo: todo es una mera continuidad. Decide buscar a Gloria. Nuevamente lo rodea la ciudad y no quiere verla: “Nunca volví. Nunca dejé las Islas” (Gamerro, 1998, p. 575). No quiere estar allí, solo, enajenado, incomprendido por todos, en un sitio alejado del lugar en el que había anclado para siempre su memoria. “Doblé en la siguiente esquina a la derecha, sin saber por qué hasta que divisé el cartel con el nombre de la calle. Malvinas Argentinas, lógico. Cuando bajé la vista estaban al lado mío” (Gamerro, 1998, p. 575).

El sueño no había sido suficiente, necesitaba hablar con ellos, recibir de boca de sus compañeros, de su pelotón fantasma, el permiso –el mandato, más bien– de seguir viviendo. Siente una culpa insoportable: no supo cómo defender a su amigo que se jugó la vida por alimentarlos, el sueño lo venció la noche en que los ingleses atacaron Longdon, no fue capaz de matar a Verraco para vengar la muerte de su amigo en los diez años que mediaron entre la guerra y ese presente. Los amigos

comentan su sueño y se preocupan porque Felipe no puede dejarlos solos tampoco en la vigilia, por la culpa que siente a pesar de la alegría de estar vivo. Insisten en hacerle entender que la responsabilidad por sus muertes es sólo de “ellos”, de los “milicos”; del mismo modo, la decisión de morir sería sólo de Felipe: no están dispuestos a respaldar su suicidio. Además, él debe seguir vivo, como un único modo de habilitar la posibilidad de reunirlos: en su recuerdo, en esa memoria que sólo habita en él. Están allí para abrazarlo con sus palabras, para darle la posibilidad de continuar de otro modo; para salvarle, ellos, la vida. Ahora sí van a despedirse, porque de ningún modo lo esperan. No es su momento, le toca seguir viviendo. Después de este encuentro, entonces quizás sí le resulte posible sobrevivir.

Felipe deja al pelotón frente a los muros del cementerio, como si quisiera restituir un lugar propicio para sus restos, concluir un trabajo de duelo. Ahora que por primera vez se daba el permiso de seguir viviendo, luego de la exculpación de sus compañeros de trinchera, la decisión de ponerle fin a la vida insistirá aunque esta vez por invitación, de parte y en compañía de Gloria –otro eslabón en las historias de amantes suicidas. En la escena final, tras una muy larga peripecia, Gloria y Felipe consiguen reencontrarse: ella es una sobreviviente del circuito de secuestro, tortura y desaparición, una ex detenida-desaparecida víctima también del síndrome de Estocolmo, cuyas niñas gemelas son producto del vínculo establecido con un represor durante su secuestro. En este sentido, el encuentro amoroso entre Felipe y Gloria es el reencuentro con la vida en la posibilidad de establecer un vínculo luego del terror, tras los múltiples modos de la violencia padecida y la amenaza permanente de sufrimiento y muerte. Así, la relación entre ambos es una traza que simboliza la victoria por sobre sus victimarios, cuyas figuras son dos y la misma: el Estado argentino, encarnado en los agentes de la represión, tanto al comienzo, como a finales y luego de la dictadura.⁴

Agotados de la vida, estos dos sobrevivientes deciden darse la libertad de ponerle fin: como lo hizo él con sus amigos caídos en la guerra, los amantes también proyectan el reencuentro post-mortem en los sueños de quienes los sobrevivan; en este caso, las niñas Malvina y Soledad, hijas de Gloria. Para llevar a cabo el suicidio,

4 Esta traza se prolonga en la búsqueda que el personaje de Felipe Félix realiza en la tercera novela de Gamerro, *El secreto y las voces* (2002), que cierra y completa esta carga simbólica.

ella le ofrece un método que tiene toda la carga simbólica de su historia de militante, la pastilla de cianuro, que dice conservar desde aquellos años: el cianuro “no vence” (Gamerro, 1998, p. 588), le anuncia a Felipe. Como en un bucle, la polisemia del sintagma *no vence* cobra sentido en la trama; estos vencedores-vencidos, que salvaron la vida en una victoria pírrica y deciden no continuarla, también van a ver frustrado el intento, porque el ofrecimiento de Gloria oculta un “chiste” en su doble sentido, una broma también macabra no sólo en su simbología sino en su trampa. Esa misma píldora que condensa *victoria* (triumfo) con *vencimiento* (caducidad) también desplaza la muerte hacia el goce ya que no se trata de una pastilla de cianuro sino de éxtasis. Estos dos conceptos, condensación y desplazamiento –que Lacan (1984) luego relacionaría con la metáfora y la metonimia, respectivamente– fueron propuestos por Freud en su interpretación de los sueños. Vuelve a ellos también en *El chiste y su relación con lo inconsciente*:

El material de los pensamientos oníricos experimenta en el curso del trabajo del sueño una compresión (Zusammendrängung, “esfuerzo de juntura”) o condensación a todas luces extraordinaria. Sus puntos de partida son las relaciones de comunidad presentes en el interior de los pensamientos oníricos por casualidad o en virtud de su contenido; y como por regla general ellas no bastan para una condensación extensa, en el trabajo del sueño son creadas nuevas relaciones de comunidad, artificiales y pasajeras, y *a ese fin se aprovechan de preferencia palabras en cuya fonética coinciden varios significados*. Las comunidades de condensación recién creadas entran en el contenido manifiesto del sueño como representantes (Repräsentant) de los pensamientos oníricos, de suerte que un elemento del sueño corresponde a un punto nodal y de entrecruzamiento de aquellos, con referencia a los cuales se lo debe llamar, en términos generales, “sobredeterminado”. (...) Menos fácil es convencerse de la segunda gran alteración operada por el trabajo del sueño en los pensamientos oníricos, el proceso que yo he llamado desplazamiento (descentramiento) en el sueño. Se exterioriza en que lo que está en situación central en el sueño manifiesto y emerge con gran intensidad sensorial, en los pensamientos oníricos era periférico y accesorio; y a la inversa. De esa manera el sueño aparece desplazado (descentrado) respecto de los pensamientos oníricos, y justamente a este desplazamiento se debe que se presente ajeno e incomprensible a la vida anímica despierta. (Freud, 1991, p. 157; subrayado mío)

Dispuesto a morir, Felipe ingiere la pastilla pero pasan los segundos y sigue siendo un sobreviviente. Una fuerte sensación de “puro placer” (Gamerro, 1998, p. 591) lo invade, es todo lo contrario a la droga que le inyectaron César y Canal. Siente renacer, “una nueva identidad nacía temblando” (Gamerro, 1998, p. 590); “el mundo –mi mundo ahora– no contenía más que personas a cuyas caricias podía entregar mi cuerpo sin temor. (...) Estábamos juntos en el paraíso” (Gamerro, 1998, p. 592). Del

infierno de la vida sobria, Gloria y Felipe pasan entonces a un paraíso artificial que les permite una vivencia del goce no conocida hasta entonces: el cuerpo es superficie de placeres, metonimia con el ambiente circundante, la relación con el mundo retorna a una trama natural bucolizada, sin “predadores” (Gamerro, 1998, p. 593) que irónicamente pertenecen a la propia especie y, para mayor oscuridad, a esa familia ampliada a la que se llama nación, Estado-nación, lengua, cultura. En situación de amor y confianza se ponen en tela de juicio las herramientas discursivas que ya no juegan ningún rol, “los dardos de la ironía iban perdiendo poco a poco su filo hasta acariciar como la yema de un dedo. Ni siquiera los chistes causaban gracia” (Gamerro, 1998, p. 593). Sin embargo, tras la ingesta de la fruta prohibida llega el momento de la expulsión: el efecto comienza a decaer.

Así, la salvación en la posdictadura distópica cobra espesor mediante dos artificios: las drogas químicas y la ficción. El cuento de hadas emerge mediante los dos mecanismos propios del inconsciente antes referidos: el desplazamiento y la condensación. Gloria hace mención a la figura de Cenicienta para dar cuenta del fin del efecto psicotrópico, en alusión al fin del encantamiento que la devuelve sirvienta en harapos junto a una calabaza con ratones, según la difundida transposición industrial de Disney basada en la versión de Perrault (2001), que apela al amparo del hada madrina –en la versión de los Grimm (1983), en cambio, la solución mágica corre a cuenta de las aves del avellano donde está enterrada la madre de Cenicienta, que son quienes la ayudan a vestirse aunque no le ofrecen un carruaje; Cenicienta llega al baile a pie. La protección está encarnada en la figura que repone a la madre ausente. Cuando el efecto del éxtasis decae son ya las doce, hora en que el hechizo de magia toca a su fin en el cuento de Perrault. En este caso, desplazamiento mediante, dan las doce aunque del “mediodía” (Gamerro, 1998, p. 596): el encantamiento se esfumó y Gloria, la madre ausente, tiene que comunicarse con quien repone su presencia en el cuidado de sus hijas, la abuela de las niñas, su propia madre.

Felipe llora, la bajada del efecto lo deja deprimido y no consigue estabilizarse. Le ruega a Gloria que no lo deje solo. Ella pone en palabras esa angustia de un modo corto y brutal: “Mirá, amor, a vos y a mí... me temo que nos cagaron un poco. Felices no vamos a ser” (Gamerro, 1998, p. 597). No hay finales de cuento de hadas para sus

dos historias, atravesadas por las violencias de Estado, sólo el paliativo del escape por vía del artificio: “El cielo y el infierno... son sólo drogas. ¿Entendés? Drogas. Nada más” (Gamerro, 1998, p. 597). Gloria lo invita a intentar dormirse y le cuenta

(...) un cuento de hadas para que te duermas y descanses en él. Tengo unos bárbaros. A las nenas les encantan. Son cuentos de hadas al revés. En estos, el zapato de cristal le calza a la hermanastra. El patito feo crece para convertirse en un pato horrible. ¡Ja! Y la Bella Durmiente se cubre de polvo en su sueño por los siglos de los siglos. A ver... te voy a contar el del rey sapo. Había una vez... (Gamerro, 1998, p. 598)

Entre los cuentos de hadas que aporta Gloria están “Cenicienta” (Perrault, 2001; Grimm, 1983), “El patito feo” (Andersen, 1941) y “La Bella Durmiente” (Perrault, 2001; Grimm, 1983), siempre trastocados en su versión, virados en su resolución. Los cuentos de hadas, que por sus características, pertenecen a la categoría genérica de “maravilloso”, suelen tener un final compensatorio del conflicto, positivo, vital. Son representaciones que exceden la lógica de lo real y están imbuidas de magia, aunque

(...) todo aquello a lo que generalmente nos referimos como cuento maravilloso es a menudo un cuento folklórico que tiene sus raíces en la experiencia y la fantasía de pueblos primitivos que conservaban el cuento por tradición oral. Y fue esta tradición oral la que engendró el cuento maravilloso literario que ha asumido una variedad de formas distintas y únicas desde la Edad Media tardía. Captar las fuerzas socio-históricas que jugaron un rol importante en la transición del cuento folklórico oral al cuento maravilloso literario es crucial para entender por qué ambos géneros persisten en las formas mediatizadas de la industria de la cultura de hoy en día y por qué todavía nos atrae su “magia”. (Zipes, 2001, p. 11)

Según Todorov,

Se acostumbra a relacionar el género de lo maravilloso con el del cuento de hadas; en realidad, el cuento de hadas no es más que una de las variedades de lo maravilloso y los acontecimientos sobrenaturales no provocan en él sorpresa alguna: ni el sueño que dura cien años, ni el lobo que habla, ni los dones mágicos de las hadas (para no citar más que algunos elementos de los cuentos de Perrault). (Todorov, 1981, p. 40)

En las versiones que Gloria le narra a Felipe, en ningún caso la proyección es feliz: vence el mal, ganan la brutalidad y la muerte. La ficción, entonces, no estaría compensando la experiencia de lo real. ¿Se puede *descansar* en el terror? En tanto ficción, le sucede a un otro y habilita la catarsis, ese desahogo provocado por la conjunción de temor y compasión, desatado con preferencia cuando los hechos narrados ocurren contra lo que se esperaba, en el paso del héroe de la felicidad a la desdicha (Aristóteles, 2004, p. 62). Sin embargo, los mecanismos de condensación y

desplazamiento que Gloria opera sobre las versiones originales de los cuentos generan un efecto siniestro: allí, las historias desgraciadas se espejan con la historia de la narradora, y concluyen en finales que no cumplen con la compensación característica de los cuentos de hadas sino que refuerzan el efecto terrorífico que hace ingresar la pesadilla de lo real en la esfera de la ficción.

Con la prototípica fórmula de apertura, Gloria comienza a narrar el cuento “del rey sapo. Había una vez...” (p. 598). En este relato de los hermanos Grimm (1983), la protagonista es una princesa que paliaba el aburrimiento jugando con una bola de oro hasta que un día cae en un estanque. Un sapo le ofrece rescatar su bola si está dispuesta a compartir su vida con él; la princesa accede sin pensar. Al día siguiente el sapo se presenta en el palacio y el rey la obliga a cumplir su palabra. El batracio quiere acostarse con ella: ella reacciona empujándolo y el sapo se transforma en príncipe. Se casan y el príncipe le cuenta que una bruja lo había hechizado. En el relato de Gloria, en cambio, comienzan a colarse otros cuentos de hadas que desplazan/condensan la historia. “Barba Azul”, el cuento que recoge Perrault, se fusiona condensando la figura de ese marido atroz en la del padre de la princesa protagonista. Así, antes de partir de viaje le pide a su hija que durante su ausencia recorra el palacio libremente a excepción de una habitación, en la que está guardado el libro con el futuro del reino, “y lo escrito en él, una vez leído, nunca podrá cambiarse. Ésta es la llave de esa puerta (...) te la doy para que no la uses” (Gamerro, 1998, p. 598).

“Barba Azul”, signado por la prohibición y la entrega de la llave, fue narrado por siglos a las niñas para que aprendan a obedecer so pena de muerte, a pesar de que la desobediencia significa en ese cuento la posibilidad de salvar la vida –y con ella, la de toda la serie de víctimas que la seguirían en la desgracia, al modo de Sherezade–; en la habitación prohibida colgaban de ganchos en las paredes los cadáveres de las esposas anteriores de Barba Azul. Según la versión de Gloria, lo que la princesa encuentra es un libro de tapas anaranjadas con su nombre en letras de oro impreso en la portada; al abrirlo y comenzar a leer, las letras mutan en sangre. En ese momento oye por la ventana el sonido de trompetas, y lo que ve la deja espantada: la pelota se cae al suelo y se hace trizas. Su padre ingresa a palacio encadenado y rodeado de sapos, manda llamarla y culpa a su desobediencia por la

caída de su reinado. El rey de los sapos pide su mano; el padre le advierte que si esta vez lo obedece en todo, si es capaz de llegar a amar al sapo, el batracio se convertirá en príncipe, serán felices por siempre, su padre recuperará el trono y la perdonará. Sin embargo, durante la boda,

(...) cuando con gran pompa y música a cargo de un coro de ranas y escuerzos descubrieron las fuentes rebosantes de moscas, la princesa supo que la muerte era mejor. (...) La princesa no salía nunca del palacio, lo que en cierta manera era mejor porque los sapos habían convertido las fértiles tierras del reino en un matadero a cielo abierto. (Gamerro, 1998, p. 600-601)

En esta versión del cuento, la didáctica de la obediencia al mandato ofrece una moraleja explícita. Como un niño, Felipe se deja mecer por las palabras de Gloria que narran cómo una princesa es castigada por el destino y desea morir. Sin embargo –con ayuda de alguna sustancia– ella persiste y finalmente se proyecta en un futuro de felicidad para sus hijos.

No bastaba con soñarlo, el sueño debía hacerse carne en mi cuerpo. Puede ser que ahora sean renacuajos, pero cuando nazcan se habrán convertido en niños o niñas como cualquier otro, no, más hermosos que ninguno, hermosos como soles. Esta vez sí, todo va a ser diferente, fue lo último que pensé, esa noche, antes de dormirse. (Gamerro, 1998, p. 602)

Tanto en “Barba Azul” como en “El rey sapo”, los dos cuentos que se fusionan en la narración de Gloria, una muchacha es llamada a la obediencia; en ambos casos, se desgracia al casarse. En el primero, se ve expuesta al femicidio, encerrada en una jaula de oro; en el segundo, el tormento proviene del abuso y la violación. Sin embargo, ambos cuentos presentan un “final feliz”: los hermanos matan a Barba Azul y la muchacha contrae nuevas nupcias con un hombre “muy fino y cortés” (Perrault, 2001, p. 96), en un caso; el sapo se transforma en príncipe y celebran la boda, en el otro. En *Las Islas*, en cambio, la conversión es inversa: quien deviene sapo es la muchacha. El desplazamiento se da en la figura de su metamorfosis; la condensación se produce en la conjunción entre el plano de lo real y de la ficción: en el contexto de *un matadero a cielo abierto*, esa princesa (Gloria) es preñada por el sapo (el represor). Negadora, ilusa, desesperada, la princesa devenida sapo del relato de Gloria necesita pensar que todo lo que le sucede es parte de un camino hacia el ideal (¿la vida junto a un príncipe azul?, ¿la felicidad?, ¿la revolución?), que

esos renacuajos que engendra algún día serán más bellos que el sol, que “todo va a ser diferente” (Gamerro, 1998, p. 602). Sólo le queda entregarse al sueño.

En *Las Islas*, a diez años de la guerra de Malvinas, a nueve del fin de la dictadura y el inicio de una democracia continuista, el imaginario de promesa feliz de la infancia no consigue sostenerse siquiera en el artificio. En el país del indulto y la ausencia de justicia, el terror de los cuentos de hadas excede la frontera de la ficción porque el terrorismo, que vence al relato de la ilusión utópico-revolucionaria y se impone aun en el contexto de la narración, invierte toda la carga del hechizo: la distopía es omnipresente e impregna incluso el relato de infancia. La derrota de toda una generación, irreversible, es una carga tanática que impide ya no erigir un sueño colectivo sino sostener siquiera la individualidad de una vida, el descanso en la ficción; el castigo ante la desobediencia, que reaparece en este final de *Las Islas* de mano del cuento de hadas, refuerza la polisemia del “nunca más”. No existe un espacio a salvo: ni la infancia, ni sus ficciones como proyección hacia la catarsis. El elemento terrorífico es retomado para dar cuenta del presente neoliberal de posdictadura: su apropiación invita a analizar esta particular conjunción entre maravilloso y terror, cuya lectura es cifra alegórica de la novela.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2000). *Homo Sacer III. Lo Que Queda de Auschwitz. El Archivo y el testigo. Lo Que Queda de Auschwitz. El Archivo y el testigo. Homo Sacer III.* Valencia: Pre-Textos.
- Andersen, H. Ch. (1941). *Cuentos de Andersen.* Barcelona: Editorial Juventud.
- Aristóteles (2004). *Poética.* Buenos Aires: Quadrata.
- Borges, J.L. (1989). *Obras completas vol. II.* Barcelona: Emecé.
- Caso Rosendi, G. (2009). *Soldados.* Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. (1984). *Nunca Más.* Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Destéfani, L. (noviembre, 2015). El diario del mayor X, informe clasificado del Descubrimiento y la (Re)Conquista de las Islas Malvinas (en *Las Islas*, Carlos Gamero). *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 44 (Especial), pp. 71-82. Recuperado de: https://doi.org/10.5209/rev_ALHI.2015.v44.50701
- Freud, S. (1991). El chiste y su relación con lo inconsciente. En *Obras completas vol. VIII.* Buenos Aires: Amorrortu.
- Gamero, C. (1998). *Las Islas.* Buenos Aires: Simurg.
- Gamero, C. (2002). *El secreto y las voces.* Buenos Aires: Norma.
- Grimm, J. y W. (1983). *Cuentos de la infancia y del hogar.* Barcelona: Bruguera.
- Kon, D. (1982). *Los chicos de la guerra.* Buenos Aires: Editorial Galerna.
- Lacan, J. (1984). *El Seminario, Libro III.* Buenos Aires: Paidós.
- Lorenz, F. (2009). *Malvinas. Una guerra argentina.* Buenos Aires: Sudamericana.
- Perrault, Ch. (2001). *Cuentos completos.* Madrid: Alianza.
- Ratto, P. (2012). *Trasfondo.* Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Rozitchner, L. (2006). *Las Malvinas: de la guerra "sucias" a la guerra "limpia".* Buenos Aires: Losada.
- Todorov, T. (1981) *Introducción a la Literatura Fantástica.* México: Premia Editora.
- Verbitsky, H. (2002). *Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial.* Buenos Aires: Sudamericana.
- Zipes, J. (2001). *Romper el hechizo. Una visión política de los cuentos folclóricos y maravillosos.* Buenos Aires: Lumen.